EL TRIBUTO (Capítulo I y II)

Alfonso J. Paredes

Image not found.

Capítulo 1

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

QUEDAN PROHIBIDAS LAS COPIAS Y REPRODUCCIÓN

PARA FINES COMERCIALES O DE DIFUSIÓN SIN EL

CONSENTIMIENTO DEL AUTOR QUE ES Alfonso J paredes

Esta obra está protegida legalmente en el registro de la

porpiedad intelectual.

http://www.safecreative.org/license/copyright

EL TRIBUTO

Dedicatoria

A Laura y Ana, mis hijas, espero que cuando

crezcan puedan leer «El Tributo» y se diviertan.

El arte de gobernar generalmente

consiste en despojar de la mayor

cantidad posible de dinero a

una clase de ciudadanos

para transferirla a otra.

Voltaire (François Marie Arouet)

(1694-1778)

Informa a nuestros compatriotas

de que el impuesto que

se pague con el propósito de

educar no es más que la milésima

parte de lo que se tendrá que pagar

a los reyes, sacerdotes y nobles

que ascenderán al poder si

dejamos al pueblo en ignorancia.

Thomas Jefferson

(13 de abril de 1743 — 4 de julio de 1826)

Prólogo

Todo comenzó como una conversación virtual en la que invitaba a tomar café. Dos perfiles de una red social, frente a frente, ideando la historia por turnos. Comenzó trepidante, casi sin aliento, en un tropel de situaciones descontroladas. Poco a poco fue tomando forma, a la vez que mi interlocutor se retiraba de la historia, aun así, agradezco su colaboración, aunque fuera sólo al principio de la historia. Por supuesto he dado cuerpo a su idea y la he expresado con mis palabras, trabajándola para darle forma.

Y así nació Rosa, una chica como cualquier otra del montón y a la que la vida le había dado tanto penas, como glorias, como cualquiera de su condición. Una chica cuya aventura le supera en sus expectativas, con

creces, rozando la esquizofrenia, tocando con la punta de sus dedos la paranoia. Aunque sus delirios se convertían en situaciones reales, con mucho peligro y rozando la muerte en cada momento.

La búsqueda de datos para elaborar la historia me resultó un tanto tediosa, teniendo en cuenta que debía elaborar una historia ficticia con datos reales, sin dañar la imagen ni la sensibilidad de quienes afectan esos datos reales. Además, aunque de una ficción se trata, es correcto ceñirse a la veracidad de los datos históricos.

En definitiva, es una novela pseudohistórica y ficticia con tintes de realidad, adornando para ello los datos adquiridos de fuentes oficiales y búsquedas a través de internet.

Ni que decir tiene que todos los personajes que aparecen en la historia, son ficticios y que cualquier parecido con la realidad es fruto de la casualidad.

Rosa podría ser cualquier chica que conozcamos, a la que le toca vivir una situación que podríamos calificar de rocambolesca y peligrosa.

Capítulo 1

Pedí la clave del Wifi y me la dieron escrita en una servilleta de papel con la propaganda de la cafetería a la que me había acercado a tomar café, pero debajo se podía leer: "será en Alcandoria 66 a las 18:00 horas". Sólo quería leer la prensa en internet a través del móvil, sin que ello me supusiera un consumo excesivo de datos, o sea que quería internet en el móvil gratis y lo de tomar café era una excusa; pero esa nota debajo de la clave me estaba desconcertando y, de algún modo inexplicable, puso a trabajar mi imaginación dándole mil sentidos a aquella escueta frase, inventándome situaciones o motivos por los cuales, aquella misteriosa nota había llegado a mis manos, para que yo precisamente la leyera. Decidí introducir las palabras de la nota en el buscador del navegador del móvil, con la esperanza que me resolviera las dudas sobre a qué se podría referir la nota. Tarea harto difícil pues, o no encontraba nada, o era demasiado grande el archivo, o era demasiado lenta la conexión. Desalentada por la falta de respuestas a mis preguntas, arrugué la

servilleta y la tiré a la papelera dando por imposible la búsqueda y miré la televisión para distraerme. No fui capaz de concentrarme en lo que estaba viendo, una y otra vez me venía a la cabeza "Alcandoria 66", miré a los camareros con la esperanza de vislumbrar una señal, un gesto cómplice, un guiño o algo, pero nada. Es más, el camarero que me había servido el café y me había facilitado la clave ya no estaba. Lo busqué con la mirada, esperando que al encontrarlo pudiera pedirle alguna explicación, pero no estaba en el local. Ya no estaba tranquila y, por alguna extraña razón, me había propuesto descubrir qué encerraba aquel misterioso mensaje de la servilleta de papel. La recuperé de la papelera, estaba muy arrugada, y la volví a leer por si, en un alarde de clarividencia, era capaz de descifrar el galimatías, pero nada, la arrugué y esta vez me la guardé en el bolsillo. Se me ocurrió que podía ir a la biblioteca, pues era el punto de acceso a internet más cercano que tenía, además contaba con potentes ordenadores que seguro me guiarían a través de internet para dar sentido a aquella frase. Me levanté dejando el café a medias, no podía soportar la intriga y debía resolver el asunto cuanto antes. Me dirigía a la barra para pagar la cuenta, introduje la mano en el bolsillo de mis pantalones vaqueros para sacar algunas monedas, cuando, el camarero de detrás de la barra advirtió mi gesto e inmediatamente se dirigió a mí:

-Srta. Un señor ha pagado su cuenta, no debe nada.

- ¿Quien ha sido? Le pregunté para dar las gracias por la invitación.

-Un señor alto y rubio, pero se ha marchado.

- ¿Sabría decirme a donde ha ido?

-No lo sé, sólo dijo que estaba Vd. invitada, pagó y se marchó por la puerta.

Me quedé muy contrariada, no sabía qué pensar, pero de lo que a estas alturas estaba segura era que debía por todos los medios averiguar el significado de todo aquello. Lo de aquel señor que me había invitado, me había quedado desconcertada por completo. Ya no me cabía la menor duda que era el autor de aquella nota, si no ¿a que se debía invitarme y desaparecer? . Así que estaba decidida a ir a la biblioteca.

Salí de aquella cafetería, aunque estaba lloviendo insistentemente, este contratiempo no me impedía caminar todo lo aprisa y determinación que mis tacones me permitían. Alcandoria 66 ¿ Qué sería?, debía llegar a la biblioteca más cercana antes que cerrase sus puertas, se encontraba al final de la avenida. Las calles empedradas hacían que mis tacones resbalaran introduciéndose en los huecos de separación entre piedra y

piedra del firme, haciéndome doblar los tobillos e infringiéndome dolor a cada paso que daba pero, no importaba, estaba decidida a ir a la biblioteca a solucionar mis dudas cuanto antes.

Llegar hasta este punto me había llevado unos 20 minutos, y las puertas de la biblioteca "Delgado Valhondo" hacía 15 minutos que habían cerrado. Los tobillos y las rodillas me dolían por todo aquel esfuerzo para llegar a tiempo, pero me sentía dispuesta a saber qué era aquello. Me colé por una de las puertas de servicio que aún estaba abierta, accedí al hall principal a través de otra puerta contigua de incendios. Las alarmas no debían estar accionadas todavía, pues de lo contrario habrían detectado mi presencia. No vi a nadie, supongo que el vigilante debía estar cerrando puertas y haciendo la primera ronda, por si algún rezagado se hubiera quedado dentro de alguna de las múltiples salas de la biblioteca. La sala de “Recursos Informáticos” se encontraba en la primera planta, a la que se accedía por unas escaleras situadas a la derecha del mostrador del hall principal. Me quité los zapatos para no hacer ruido y subí aquellas escaleras, descalza y con los pies destrozados por la caminata. El contacto de mis pies descalzos con el suelo frío, me hizo dar un respingo, estaba frío, pero no importaba con tal de pasar desapercibida sin hacer ruido. Treinta y ocho escalones que se me hicieron eternos, giré a la derecha y anduve unos quince pasos para situarme en la puerta de entrada de la sala de "Recursos Informáticos”. Entré y pude observar que todos los ordenadores estaban apagados, elegí uno y lo encendí , el primero que encontré. Tardó un par de minutos en iniciarse, se me hicieron eternos. Abrí el navegador y escribí la palabra en el buscador: "Alconadoria 66" y aparecieron multitud de referencias. Tenía miedo que el vigilante cortase la luz y no pudiese averiguar nada. Elegí la primera opción y me apareció un evento: “Liga de la Ciencia”, que estaba ya desfasado pues la publicación era de hacía siete años. Pero me fijé bien y no andaba desencaminada, pues el sitio seguía existiendo. Al fin y redirigiéndome de página en página llegué a Alcandoria, era una sala-café-conciertos y exposiciones. Y precisamente esta tarde se exponían una serie de pinturas que formaban parte de una colección, que organizaba una especie de hermandad, “ El Club de poetas libres”.

El tiempo se me echaba encima y, una mezcla de ansiedad y curiosidad me estaba martilleando pero, ¿Qué tenía esto que ver conmigo? , parecía una película de suspense o una teoría de la conspiración. Resultaba atractiva la idea de ser partícipe de una historia como esta. No soportaba la idea de que el guarda de seguridad me pillara infraganti pues había pasado ya algún tiempo allí dentro y, tarde o temprano, aparecería por aquella puerta. Una pregunta me invadía de todos modos mis pensamientos: ¿a quien le interesaba que yo supiera todo esto? . Acabé convenciéndome, estaba decidida a acudir a Alcandoria 66, no podía quedarme con la incertidumbre, sobre todo necesitaba una explicación.

Tomé nota de la dirección y me levanté de la silla para salir de allí.

Sólo quedaba encendida la pantalla del ordenador que estaba utilizando y que daba iluminación a la estancia de "Recursos Informáticos" de la biblioteca. Resultaba evidente que el vigilante no se había percatado de mi presencia, puesto que no daba señales de vida.

-- ¿Oiga? , -

Grité con la esperanza de que el vigilante me encontrara y me abriera las puertas para salir. Eran ya las dos y media del mediodía. Repetí la pregunta al menos cuatro veces, y mi voz resonaba por los pasillos huecos, sólo chocaba contra los miles de libros perfectamente ordenados de las estanterías. De pronto alguien me sujetó del brazo por la espalda y palidecí del susto zafándome bruscamente de aquella mano que me había asido por la izquierda. Di media vuelta y comprobé, aunque ya me lo suponía, aliviada al mismo tiempo que contrariada, que era el vigilante. Un señor entrado en años, de mediana estatura, nariz aguileña, pelo canoso. Sus rasgos faciales, surcados por la edad, eran más bien cuadrados, el uniforme que portaba, pantalón monocromo azul marino oscuro y botas de campaña, chaqueta del mismo color con bolsillos por todas partes y con letras en amarillo escrito "VIGILANTE DE SEGURIDAD" y debajo el nombre de la empresa: "SIDTERPA", era la primera vez que veía ese nombre de empresa de seguridad, le daba a la vez un aire de solemnidad y de fuerza autoritaria. Comenzó a andar tirando de mí, cojeaba ligeramente. Me miró a los pies, que los tenía descalzos, y me hizo un gesto para que me pusiera los zapatos que portaba en la mano. Me apoyé en su hombro derecho con mi mano izquierda para ponerme los zapatos, primero el izquierdo, luego cambié de hombro y de mano y me puse el zapato del pie derecho. Bajamos con cierta premura las escaleras, a pesar de su aparente ancianidad y de su cojera. Llegamos a la puerta principal y con su manojo de llaves la abrió, acertó a la primera con la llave que portaba en un llavero del que al menos colgaban treinta o cuarenta llaves, y su voz sonó temblorosa para decirme:

-por aquí señorita Rosa.

Me quedé perpleja, ¿Cómo sabía mi nombre? . No se lo pregunté y nunca lo sabré porque jamás lo volvería a ver. Me invitó a salir al tiempo que me formulaba la siguiente frase:

-"condita, tutus et implevit"-, y cerró la puerta tras de sí. Era el colmo, ahora me hablaba en latín.

- ¡Oiga! , ¿Que me ha querido decir? - imploré aporreando la puerta con un mohín de desesperación, pero no recibí respuesta, mientras que vi a

través del cristal como desaparecía en el interior de la biblioteca.

Me quedé perpleja, sin saber que decir ni hacer, confundida, en medio de la calle y empapada, mientras del cielo seguía cayendo una lluvia persistente. El frío que se me colaba hasta los huesos, empezó a hacer mella en mí, o el cansancio, no sabría distinguirlo ni quería quedarme para pensarlo. Comencé a caminar, no sé, supongo que hacia mi casa, no estaba muy lejos, dos o tres manzanas. Pensé que llegaría pronto y tendría tiempo de sobra para tomar algo caliente y cambiarme de ropa. No estaba dispuesta a permanecer más tiempo así, mojada y en aquel lugar o cogería una pulmonía. Mientras caminaba no paraba de pensar en lo que me había dicho el vigilante y en lo que pudiera suceder en Alcandoria esa tarde, tenía que enterarme de algún modo.

"Condita, tutus et implevit", sería seguramente una de esas frases aprendidas de la gente mayor, que utiliza como refrán y que no saben qué significa, para darse importancia o una apariencia de intelectual, quizá buscando el respeto del interlocutor. Pero no se me quitaba de la cabeza, algo me decía que aquello que me había dicho el vigilante podría ser importante. Mis conocimientos de latín se remontaban a tiempos olvidados de estudiante, por lo que barajaba varias posibilidades sobre el significado; pero ¡qué demonios!, tenía que averiguar el significado, ya no podía aguantar más la intriga. Apresuré mis pasos en dirección a mi casa en la calle de la Amistad 12, me daría una ducha, me cambiaría y llamaría por teléfono a Luis Camanes, un amigo mío que había estudiado filología y lenguas muertas. Qué ironía, "lenguas muertas", me imaginaba una fila de lenguas necrosadas reposando en una encimera de un crematorio. Ironías a parte, debía poner en orden todas estas cuestiones, pues quedaban tan sólo unas tres horas para que sucediera, si es que iba a suceder algo, lo que fuera en Alcandoria 66. Ya casi he llegado a casa y me ha venido a la mente un viejo amigo que solía reunirse para hacer tertulia con un grupo de poetas, y creo haberle oído decir que quedaban en el "Alcandoria". Estaba hecha un lío, mejor subía a casa y me daba esa ducha y después lo pondría todo en orden.

Llegué a casa. Me quité los zapatos, dejé el bolso en una silla y comencé a desnudarme para poder meterme en la ducha. El agua caliente me relajó casi de inmediato. Respiré profundamente y comencé a pensar otra vez sin casi darme cuenta. El latín no lo tenía fresco en la memoria. De hecho nunca se me dio bien y lo sucedido en la cafetería... Cuando terminé de ducharme, me sequé, vestí y cogí el teléfono para llamar a mi amigo. El teléfono empezó a sonar, pero nadie lo cogía. Seguí intentándolo un par de veces más, pero nada. ¿Qué pasaba? Estaba ya desesperada, se me escapaba de las manos y se estaba convirtiendo en una obsesión. Me acordé entonces del baúl, un baúl viejo y raído por la carcoma que guardaba en la buhardilla y me levanté como un resorte. Tenía que encontrar los apuntes de latín. Por otro lado me resultaba extraño que Luis no contestara a mi llamada, siempre lo había hecho,

fuese la hora que fuese pues estaba enamorado de mí desde el instituto y, aunque se había distanciado más en el tiempo, no habíamos perdido contacto telefónico. Su padre nunca aprobó nuestra amistad, siempre decía que no llegaría conmigo a buen puerto. Quizá tuviera razón, era demasiado impulsiva, demasiado preguntona, demasiado de todo. Por fin llegué al viejo baúl, lo contemplé asqueada por la cantidad de mugre y polvo que había acumulado durante tanto tiempo de desuso, fui girando a su alrededor para ver si adivinaba o descubría de debajo de tanta mugre, por donde se encontraba la abertura. ¡ Maldita sea ! necesitaba una llave y ¿adivina quien la tiene? , me pregunté irónicamente. Pues sí la tiene Luis Camargo, al cual se la entregué en señal de alguna tontería de las de adolescente. Tenía que dar con Luis como fuese y ya sólo quedaban 2 horas y media. Ya está, iría a su casa, me daba igual lo que pudiera pensar después de tanto tiempo. Debía darme prisa pues no me quedaba mucho tiempo, menos mal que vivía relativamente cerca.

Por suerte había dejado de llover. Me puse un abrigo y salí de casa para dirigirme a la casa de Luis. Tal vez tenía estropeado el teléfono o estaba lejos de él y por eso no lo cogía. Cavilé un millón de situaciones por las cuales no había cogido el teléfono, pero perdía el tiempo. Cuando llegué me di cuenta de que algo pasaba, la calle estaba atestada de coches y aquello era un hervidero de gente que iba y venía en actitud seria, entraban y salían del portal de su vivienda cabizbajos. Era evidente que allí estaba ocurriendo algo que no quería ni pensar, me negaba a imaginarlo. Me entró un miedo horrible. ¿Qué había pasado?. Había subido hasta su casa sin que nadie se hubiera percatado de mi presencia, debido a la dramática situación. Cuatro pisos de un ir y venir de gente. No, no podía ser. Tal vez... Allí estaban sus padres. Lloraban y recibían condolencias, tampoco se habían percatado de mi presencia. Por lo menos yo no vestía de manera muy inadecuada. Mis pantalones eran negros, igual que mi abrigo. La camisa era rosa pero no muy fuerte, no creo que... ¡Oh dios mío!. Estaba muerto.

Me encontré mal, un escalofrío recorrió mi cuerpo y casi estuve a punto de desmayarme, pero debía mantener la compostura y no dar un escándalo. Sentí mucho dolor, me habían arrancado el corazón de cuajo. Dicen que las personas no saben lo que tienen hasta que lo pierden. Es verdad, ese fue el momento en que me di cuenta de lo que había sentido por Luis. Quizá no quise nunca saberlo ni que nadie lo supiera, por eso me lo negaba a mí misma y a los demás. Pero en ese momento supe que Luis había sido el amor de mi vida. Pasaron por mi mente pequeños detalles y momentos que había desaprovechado. Un montón de preguntas me invadían: ¿qué hubiera sido de mi vida si...?, ¿por qué no le presté la atención que necesitaba en algunas ocasiones? Y preguntas similares. Es posible que me sintiera despechada, sobre todo cuando estuvo en su pueblo, a "despejarme un poco" me dijo.

Luis era muy conocido y muy querido. Entre toda esa gente se encontraban sus alumnos del instituto, y gente que yo no conocía de nada. Entré en una salita donde se encontraban sus padres y supongo que sus familiares más allegados, aunque al lado de una ventana se encontraba un niño muy distraído mirando a la calle. Entraron en la habitación un grupo de personas que portaban una corona, iban vestidos con capas, camisas blancas y boinas, un poco extravagantes, pero enseguida comprendí quienes eran, aunque no los conocía de nada, pues en la corona de flores que depositaron delante del cuerpo presente de Luis rezaba : "El Club de poetas libres no te olvidan". ¡ Joder ! pensé, se dedicaba a escribir poemas. Decidí dejar por el momento el tremendo dolor que sentía, ya habría tiempo de expresarlo, puesto que estaba allí por un propósito, aunque mucho me temía que aquel acontecimiento iba a formar parte, como resultado, de mis averiguaciones. Ya me estaba poniendo muy nerviosa, estaba como al principio y no había averiguado nada. Decidí preguntarle a un doliente que se encontraba a mi lado:

--Disculpe, ¿Por qué ha muerto Luis, que le ha pasado, si estaba muy sano?. Me miró con cara de circunstancia y en voz baja y con tono de secretismo me dijo que se lo habían encontrado ahorcado en el altar de la ermita de San Luis, patrón de este barrio, le habían hecho la autopsia y aquí lo han traído para el velatorio y que le den santa sepultura-. No sabía aquel señor el daño que me habían hecho aquellas palabras, Luis ahorcado. Ya que había entablado conversación con el siniestro doliente, me atreví a preguntarle si sabía dónde estaba Alcandoria 66. Estaba dispuesta a llegar hasta el final pues eran demasiadas desgracias y demasiadas coincidencias.

-- ¡Allí era donde se reunía con sus amigos poetas! , a mí no me gustaba mucho ¿sabe señorita? , yo creo que eran todos homosexuales, es un poco turbio. El bar se encuentra a unos 200 metros de la estación de autobuses, junto al cine "Las Princesas".

Por fin sacaba alguna información en claro, me debía apresurar, le di mis condolencias a sus padres prometiéndoles que volvería más tarde, ya que en ese momento no podía quedarme porque tenía que ir a trabajar, les mentí, y ellos asintieron complacidos, aunque me temo que ni siquiera me reconocieron obcecados por el dolor. Me levanté de la silla y, de repente, un escalofrío me recorrió la médula, fue la mirada de aquel niño que estaba junto a la ventana. Me acerqué a él para preguntarle qué le pasaba y, levantando la mano para indicarme que no me acercara más, me dijo:

--"guardad, proteged y cumplid".

-- ¡Eso era! "condita, tutus et implevit".

Un tremendo escalofrío recorrió toda mi médula, los pelos se me erizaron con la sola idea de la presencia de aquel niño y su comportamiento en aquella situación. Me quedé mirándolo fijamente, pero no fui capaz de sostener la mirada. Sin embargo, aquel niño siguió mirándome fija y funestamente. Parecía el mismo diablo. No podía permanecer más en aquella casa.

Salí de allí con la certeza de haber perdido a alguien muy importante para mí. No sólo era la cruda realidad de la pérdida, si no la sensación de que esa pérdida no había sido en vano, que no lo había perdido del todo. Estaba convencida de que Luis, de alguna manera, me quería confiar algo que él sabía y que quería que yo lo custodiara o llegara hasta el fondo de la cuestión, como si se hubiera quedado a un palmo de resolver algo y sólo confiara en mí para terminar lo que había empezado.

Sí, se reunía allí con sus compañeros, quizá sea que me invitaban a participar con ellos. Era una tontería, una idea estúpida... Quizá no tanto como que iban a robar. De cualquier manera, me senté en un banco del parque cercano para relajarme. Pobre Luis... Nunca imaginé que viviría para saber de su muerte. Al cabo de un rato me levante y comencé a caminar hacia no sabía dónde. De cualquier manera pronto sería la hora de acercarme hasta aquel lugar misterioso. Debía acudir, ya no tanto por mi curiosidad, sí no por Luis. Él no podía estar metido en nada malo. Un club de poesía me parecía lo más inocente del mundo. Ni pensé en que Luis pudiera ser o no homosexual. ¿Qué importancia podía tener eso? . Además estaba segura de que no lo era, pues estaba enamorado de mí. Seguro que era una elucubración para cotillear o tener tema de conversación por parte de aquel plañidero desilusionado que seguro estaba presente por compromiso más que por sentimientos. En cierta ocasión me escribió un poema, pero nunca me mencionó su afición poética ni que se reunía con un grupo de poetas. Es posible que le diera vergüenza, pues era bastante tímido, y eso le impedía hablar abiertamente de ello; pero... ¿ y si lo del grupo de poetas era una tapadera?, al fin y al cabo había muerto en circunstancias nada normales, ¡ ahorcado !. Ahora que lo pienso no puede ser, a Luis nunca se le hubiera pasado por la cabeza suicidarse. En cierta ocasión me comentó que la peor muerte que podía tener era asfixiado, quemado o ahogado. No podía ser. A Luis lo han tenido que ahorcar. Sólo de pensarlo me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo, todo esto no estaba ocurriendo por casualidad: lo del mensaje debajo de la clave del wifi, lo del vigilante del museo y su frase misteriosa en latín, lo del niño distraído y quien sabe qué más va a ocurrir en el Alcandoria 66. A Luis lo han engañado y lo han metido en algo turbio, ¡como si lo estuviera viendo!.

Ya sólo quedan dos horas para la cita de Alcandoria 66. debo apresurarme y salir de todas estas dudas. Eran demasiadas preguntas y estaba dispuesta a resolverlas, aunque me enterase de algo que no

quisiera saber.

Había estado dando vueltas sin saber a dónde me dirigía y algo me llamó la atención: eran dos señores vestidos de negro me habían estado siguiendo todo el rato, sin que me hubiera percatado hasta ahora. los había visto en el velatorio junto a aquel niño. Apresuré la marcha para cerciorarme que me seguían y que no eran imaginaciones mías, pero allí seguían, en la distancia, por el mismo sitio por donde yo pasaba. Sentí un terror desmesurado, no sabía qué hacer ni hacia dónde ir. Una cosa tenía clara, debía ir a Alcandoria 66 a ser posible sin que nadie me siguiera.

Se me ocurrió que podía perderles de vista en el centro comercial. Allí, podría cambiar mi aspecto y listo. Estaba empezando a pensar que mi curiosidad me había llevado a algo que no estaba nada claro. A estas alturas ya estaba un poco cansada de la situación, estaba en un punto en el que pensaba que podría estar delirando o teniendo un ataque de manía persecutoria, todo esto me estaba trastornando. Pero aquellas personas eran reales y me daba la sensación o, mejor dicho, tenía la certeza de que me estaban siguiendo.

Suspiré un segundo y caminé hacia el centro, con la esperanza que allí me pudiera camuflar entre la gente como había pensado. Cuando llegué, la cantidad de personas que había facilitaba la confusión, aunque tanto para ellos como para mí. Tenía la ventaja a mi favor que eran más altos que la media de los que se encontraban en el centro comercial, por lo que sabía por dónde iban con sólo divisar sus cabezas que sobresalían del tumulto. Se dieron cuenta de que me había percatado que me estaban siguiendo e intentaba eludirles, por lo que aligeraron su paso para intentar no perderme de vista. A estas alturas ya no se trataba de un seguimiento, se había convertido en una persecución. Debía subir a la parte alta del centro comercial, así tendría una perspectiva más ventajosa para poder despistarles. Subí las escaleras, me giré en el último peldaño para cerciorarme de la posición de mis perseguidores y entré en una tienda deportiva situada en frente de las escaleras, a comprarme un chándal y unas zapatillas. También me hice con una gorra. Por suerte para mí, no me vieron entrar, además la gorra me hizo invisible para ellos al salir de la tienda, y ya no pudieron seguirme, al menos yo no les veía. Al pasar por una tienda de electrodomésticos pensé que sería buena idea hacerme de una grabadora, por lo que pudiera pasar. Bajé, salí del centro y caminé hacia la cafetería, apenas me quedaban unos 50 minutos. Pero estaba segura de lo que iba hacer. Ya sólo quedaba llegar y salir de toda duda. Y fuera lo que fuera, estaba dispuesta a dejar constancia de ello. Con la grabadora .

Con todo lo sucedido mi cabeza me daba vueltas, me acordé de mi madre que en cierta ocasión en la que estaba hecha un lío me aconsejó que pensara en lo que más me importaba, que daba igual lo que me rodeara, porque lo que más importaba era lo que iba a sacar en claro.

Entonces tenía 8 años y mi vida transcurría entre el colegio, mis amigas y mi madre, pues mi padre murió en un accidente de tráfico cuando yo tenía 4 años, me acuerdo vagamente de él, y siempre pensaba que me protegía ante cualquier adversidad. Era lo que más me importaba en aquel momento. Ahora lo sustituía Luis.

De repente lo vi todo claro, debía regresar a ver al cadáver de Luis. La corona de flores del club de poesía tenía esa inscripción "condita, tutus et implevit", no era una casualidad, Luis debía haber muerto por algo relacionado con la frase: Guardad, proteged y cumplid. ¿que debía guardar y proteger?, ¿Qué debía cumplir?. Sin duda la clave estaba en Luis, pero ya lo habían liquidado, quizá buscando algo que él guardaba y que protegió con su vida. Ahora faltaba la tercera parte "...implevit". Sin pensar en las pintas que tenía , con aquella gorra, en chándal y con tan poco tiempo de margen, eché a correr, al fin y al cabo iba vestida con ropa deportiva y verme correr a nadie le iba a extrañar. Sorteaba a la gente milagrosamente para no caer por los suelos, agradecí que también me hubiera comprado aquellas zapatillas. Llegué al portal donde vivía Luis y me disponía a subir las escaleras sin importarme lo que la gente pudiera decir al respecto de mis pintas en un velatorio, cuando oí la voz de un niño:

-- ¡Señorita! -

Me paré en seco, era el niño de la ventana, esta vez su mirada estaba perdida, no me miró a la cara si no para otro lado.

- ¡Señorita! - repitió lánguido extendiendo su mano pequeña derecha, en la que portaba un sobre. - He arrancado este sobre de la cinta de la corona de flores de su amigo, ¿Usted se llama Rosa Verdad? . Sabía que iba a regresar, es usted muy inteligente. No puede volver a subir pues se extrañarían de su comportamiento y no sé qué tipo de gente hay arriba-. Habló de carrerilla sin tan siquiera dejarme contestar a sus preguntas.

Me quedé boquiabierta, no sabía que decir, cogí el sobre y leí: - “nunca las estrellas taparán tu luz” - Me estremecí de nuevo pues sin duda alguna el sobre era para mí, levanté la vista para darle las gracias y para saber quién era ese niño, pero ya había desaparecido. "Nunca las estrellas taparán tu luz", era el título del poema que me dedicó Luis en el instituto. Las lágrimas afloraron por mis mejillas, aún recuerdo aquél día:

estábamos sentados en el césped del patio de recreos del instituto, yo llevaba una minifalda que casi podría ser más bien un cinturón, o sea que casi se me veían las braguitas, unas botas altas y una blusa de color azul de seda que marcaban mis senos. Me había vestido para la ocasión pensando que podía convencer a Luis para quedar en una cita, era sólo una adolescente con las hormonas haciendo burbujitas; pero no pudo ser

pues me dio la noticia de que se marchaba a su pueblo una temporada para despejarse y aclarar las ideas. Yo entonces le entregué las llaves de mi baúl, donde íbamos guardando las pruebas de todos los acontecimientos que habíamos vivido juntos, y que no abriríamos hasta que el destino nos volviera a juntar. El destino ha sido cruel pues ha llegado tarde, o ¡quizá no!. Abrí apresuradamente el sobre, no sé por qué pero llegado a estas alturas ya me estaba imaginando qué había dentro. Efectivamente dentro estaban las llaves del baúl, las llaves que quizá abrirían las puertas a la solución de mis dudas. Miré el reloj:

-- ¡Oh Dios, son las seis menos veinte! . Otra vez a correr.

Pude llegar a la casa en menos tiempo del que había pensado, de algo debía servir la carrera que me había marcado ¿no?. Saqué las llaves del bolsillo y abrí la puerta de casa. Sin pararme en ningún otro sitio, subí las escaleras de la buhardilla todo lo aprisa que pude y me fui directa al baúl. Esta vez sí tenía la llave, la introduje en la cerradura algo oxidada, me costó girar la llave hasta el punto de asustarme al oír un "clip", pensando que me la había cargado. Por fin pude abrir el baúl, y lo que pude contemplar podría describirse como dantesco si no fuera porque eran recuerdos que habían sido depositados sin orden a lo largo de los años. Ya hacía algún lustro que allí no se había depositado ningún recuerdo, la llave se echó hace al menos doce años sin que se hubiera vuelto a abrir hasta ahora. Cogí una serie de notas y algunos poemas que había guardado de Luis. Recordé el sobre, me lo entregó con una llave dentro y una nota: "estas son las llaves de la consigna que está a mi nombre en la estación de autobuses, haz uso de ella sólo en el caso de que me pase algo". Sentí que había estado perdiendo el tiempo, el propósito de abrir el baúl era encontrar mis apuntes de latín, pero a estas alturas ya sabía todo lo que debía saber, aunque una intuición femenina me había obligado a ir a casa y abrir el baúl. Como dice el refrán: "no hay mal que por bien no venga", y había encontrado aquel sobre que guardé, entre otras cosas, y que seguro que me serviría para algo. Además estaba dispuesta a hacer uso de aquella llave, ¿acaso no le había pasado algo a Luis?, pues ya está debía abrir la consigna; pero ahora eso podía esperar, así que dejé en el baúl el sobre y lo cerré. Bajé a la calle y fui a la parada de taxi para coger uno, me monté en el primero de la fila de taxis aparcados en la parada.

-A alcandoria 66 por favor-

El taxista miró a través del espejo retrovisor e inició la marcha, sonaba una hermosa canción que no pude identificar el título ni el autor, aunque sí que estaba segura de que era música celta. Eso me dio fuerzas, me ayudó a tener las cosas más claras, fue el único momento de relax que había tenido durante todo el día.

Tardamos en llegar unos siete minutos. Pedí la cuenta, pagué y me bajé del taxi. Me coloqué firme frente a la puerta y allí, a las 18:00 en punto,

hizo mi entrada en la cafetería. Era un local reconstruido sobre un palacete antiguo, quizá con tintes romanos. Frente a la puerta estaba la barra que iba de lado a lado de la pared haciendo forma de "U" muy ancha, sus extremos no tocaban las paredes paralelas, sino la misma pared del fondo. En la pared de la derecha, dos grandes arcos de mampostería franqueaban una sala contigua, más larga que ancha, al fondo un taimado que hacía la función de escenario y rodeándolo cuatro tinajas romanas de metro y medio de diámetro y llegaban casi hasta el techo abovedado. Todo iba a tener sentido, todo se solucionaría. La imagen de Luis rondaba mi cabeza cuando entré, y vi que había un grupo en un lado de la cafetería. La cantidad de ellos y sus caras me decían que eran quienes estuvieron en el funeral de Luis. Me acerqué a la barra y pedí un café con leche. De pronto, alguien, dijo mi nombre y, entonces, me di cuenta de que aquello, era real. Tan real que toda esperanza de que allí iba a acabar todo se desvaneció en un instante. No sé si me quemaba más el paso del café con leche caliente que transcurría por mi garganta, o el contemplar lo que allí estaba a punto de ocurrir. Mi cabeza seguía dando vueltas, ¿ que era lo que tenía que proteger, guardar y cumplir?, era la pregunta que me formulaba insistentemente, martilleando mi cabeza. Señorita Rosa acompáñeme por favor. Me invitó el señor que se me había adelantado para recibirme, y que estoy segura que me estaba esperando, si no ¿cómo es que sabía mi nombre?, estaba claro que me esperaban. Bajó la mirada al suelo y se giró sin mirar si le seguía, porque estoy segura que lo daba por hecho prepotentemente. Su capa de color negro le arrastraba por el suelo no dejando ver sus pies, tal parecía que levitara, y con paso acompasado atravesó la puerta situada al final de la barra que giraba en forma de ele acabando en la pared. Ni se molestó en mirar hacia atrás para ver si le seguía, pero no tenía más remedio que seguirle, me hubiera sido imposible no hacerlo si quería ver algo de luz en todo esto. Entré en aquella amplia habitación y lo que allí contemplé me quedó anonadada. Era toda una galería de arte, cuadros de todo tipo y autores, pero realmente no eran demasiado valiosos, aunque sí eran bellos y bien ejecutados. El señor había desaparecido, no estaba inexplicablemente en aquella habitación convertida en galería de arte. Enseguida comprendí que me había quedado sola a propósito, quizá para que pudiera contemplar los cuadros con más detenimiento. La verdad es que yo no soy muy aficionada a la pintura y me cuesta reconocer a un autor y a su cuadro, a no ser que sea demasiado famoso o importante, aunque las clases de historia del arte sí que habían dejado su huella en mi memoria durante el instituto. Uno a uno fui mirando los cuadros, que no me decían absolutamente nada hasta que, en una esquina y a oscuras, un cuadro solitario me llamó la atención. Reconocí el cuadro, pero no como estaba allí pintado, lo había visto mejor pintado, más nítido, más nuevo, ya sé, lo había visto antes restaurado. Lo que allí estaba viendo era un cuadro sin restaurar, un cuadro en toda su crudeza, un cuadro virgen, y sí reconocí el cuadro de un valor incalculable, una réplica al óleo de "El dinero del tributo", un fresco en la Capilla Brancacci en Florencia de Tommaso Cassai, cuando aún no estaba restaurada; en definitiva el autor

era uno de los precursores de grandes pintores como Miguel Ángel, Botticelli o Leonardo. El cuadro allí representado, sin duda plasmaba el deseo de documentar la historia religiosa a través de una combinación de color vivo, sombra y transparencia. El fresco muestra la llegada de Jesús y sus apóstoles a Cafarnaúm, Tommaso se basa en el relato del Evangelio de Mateo. Se observan tres escenas en la historia: la primera y a la izquierda del cuadro, Pedro pesca los peces en el lago de Galilea y extrae la moneda de uno de ellos, una escena central que corresponde con la petición de los Tributos con la inmediata respuesta de Jesús a Pedro al que le señala cómo encontrar el dinero necesario; y, a la derecha, Pedro da el dinero del Tributo al cobrador de impuestos frente a su casa.

- ¡Dios mío! este cuadro tiene que tener un valor incalculable, aunque yo sólo conocía la existencia del fresco en la capilla, no sabía que lo habían reproducido en pintura en un cuadro- Pensé en voz alta.

-En efecto señorita Rosa, es el cuadro de la Capilla Brancacci sin restaurar. El que usted ha visto es una burda copia restaurada y tomada por auténtica- El susto que me llevé fue desapareciendo a medida que exponía su tesis, era otro de los dolientes del club de poetas que se presentó en casa de Luis a dejar la corona. Este era un poco más joven que el anterior, más guapo, con los ojos azules y melena rubia, metro ochenta aproximadamente y con una cicatriz debajo del lóbulo de la oreja derecha. Sus manos eran grandes con largos dedos y su constitución delgada. Me acordé entonces de la descripción que me dio el camarero sobre la persona que me había invitado al café y coincidían con los rasgos de la persona que tenía delante. Me tendió su mano para que le acompañara y nos dirigimos a una puertecita que había al fondo de la estancia muy poco iluminada.

-Usted primero señorita Rosa! -

-Aquí todo el mundo parece conocerme- Le increpé.

- Luis nos habló tanto de usted, que parecía ya como de la familia. Me llamo Bernardo, disculpe que no me haya presentado antes. Todo ha ocurrido muy deprisa y la muerte de Luis nos ha cogido a todos por sorpresa- Atravesé la puerta y pasamos a una pequeña estancia que se utilizaba como despacho, con su escritorio, un ordenador y una impresora y una estantería repleta de libros, y algunos manuscritos.

-Perdone, pero ¿qué hago yo aquí? -

Hablé sin darme cuenta de que en realidad había preguntado algo sin ser consciente de ello. Tenía tantas preguntas, tantas cosas en mi cabeza, que... Entonces me miró y me dijo

-Cumplir lo que quería Luis.

Le observé y me senté en una silla frente a la mesa. ¿Cumplir? Pero... Sí, parecía que Luis me había escogido para cumplir lo que él no pudo hacer en vida. Aquella era la única parte del mensaje que aún estaba sin realizar. Lo demás, lo habían hecho Luis y sus compañeros. Aunque aún, me preguntaba a que se dedicaban. Deseé preguntar más pero, por algún motivo, la voz no salió de mi garganta como la primera vez, tan solo apareció una leve voz que no llegó hasta los oídos de Bernardo. El siguió mirándome, se levantó y se dirigió hacia la estantería de donde tomó uno de los ejemplares. Un manuscrito. Lo abrió con cuidado y comenzó a leer en voz alta:

-Nosotros, los hermanos de la Orden de " El Club de poetas libres", siempre velaremos porque la verdad salga a la luz, para que se cumpla dicha verdad, cada uno tendrá un hermano secreto que le sustituya cuando, por alguna desgracia, no se pueda realizar la misión en marcha. Ese hermano, ya sea hombre o mujer, nunca debe de saberlo, y ha de acudir por voluntad propia, siguiendo las pistas que el miembro le deje. Si llegado el momento, se niega a cumplir dicha misión, no será juzgada o juzgado, solo ignorado y, bajo pena de muerte, nunca dirá nada de la orden. Si así es, será ejecutado. -

Dejó de leer y me miró

--Bueno esta misiva es ya antigua, no creo que nadie se la tome ya en serio, pero nunca se sabe, hay de todo y puede que alguien se la tome al pie de la letra. Yo le aconsejo que, aunque no le de mucha importancia, sí la tenga en cuenta a la hora de tomar decisiones. Ahora, dígame ¿qué quiere hacer? ¿Terminará la misión de Luis o nos ignorará hasta apartar de su mente todo lo visto y conocido?

Guardó silencio esperando mi respuesta, que no fui capaz de darla con palabra, solo asentí con la cabeza. Claro que les ayudaría, pero ¿qué se supone que debía hacer yo?

Cerró el manuscrito y lo devolvió a su lugar y volvió para tomar asiento. Yo estaba aterrorizada, acababa de aceptar mi sentencia de muerte para quien se tomara las normas de la hermandad al pie de la letra, en el caso de incumplir con el pacto tácito que me acababa de relatar Bernardo. Me quedé mirándolo implorando una explicación, un aclaramiento, una orden de lo que debía hacer, una descripción de la misión encomendada; mientras Bernardo ordenaba diversos objetos y documentos que había encima del escritorio. Por fin alzó la mirada para clavarla en mis ojos y con un discurso oficial empezó a relatarme el por qué , cómo y cuándo:

---Srta. Rosa, Usted no está aquí por casualidad, ni tampoco la hubiéramos aceptado si no cumpliera con las expectativas que creemos

que debe cumplir. Sabemos de su capacidad de análisis, conocemos su lealtad innata y su discreción. La hemos puesto a prueba, los dos hombres de negro que la seguían eran colegas nuestros cuya misión era seguirla para comprobar si era capaz de percatarse de ellos, si no la seguían otras personas de las que le informaremos a su debido tiempo y si era capaz de zafarse de ellos con recursos suficientes. Las obras que Vd. ha visto en la improvisada sala de arte, la mayoría son burdas pinturas, sólo una es de un valor doblemente incalculable, puesta ahí para ver si Vd. era capaz de identificar la obra de arte y de valorar su importancia. Los cuadros ya no están en la sala y el cuadro importante ya está a buen recaudo, de eso nos hemos ocupado mientras estamos aquí hablando Vd. y yo. La puerta del bar por donde ha accedido hasta aquí, está siendo tapada y camuflada y jamás podrá acceder a este lugar a través de Alcandoria 66. La misión que le vamos a encomendar es de suma importancia, de hecho a Luis no lo han ahorcado por nada, creemos que agentes del gobierno encargados del patrimonio pensaban, creo que acertadamente, que Luis había averiguado algo relacionado con el cuadro que Vd. ha identificado en la improvisada exposición que le hemos preparado. Queremos saber qué había averiguado Luis, qué tiene que ver ese cuadro y por qué Patrimonio tiene una restauración que es réplica del original, que está en nuestra posesión, y que ellos anuncian a bombo y platillo que es el original restaurado.-

Me levanté de la silla, pero no me dio tiempo a llegar al lavabo para vomitar. Me sujeté en la puerta para no caerme al suelo mientras Bernardo me observaba sentado con cara de circunstancia y dándose a sí mismo la razón de que sabía la reacción que iba a sufrir tras la confesión del secreto y misión que me iban a encomendar. Pude, tras un breve instante en que permanecí agachada, levantarme y erguir la cabeza.

- ¿Está ya mejor señorita Rosa? - Asentí con la cabeza y me dirigí a la silla para tomar asiento.

--Siento haberla contado todo esto así de sopetón, pero lo que tiene que ser que sea cuanto antes. Venga conmigo-

Nos levantamos de las sillas y nos dirigimos a la puerta del fondo que al parecer era una puerta principal. La abrió y me invitó a salir a mí primero, Bernardo me siguió y aparecimos en el rellano de un portal que daba a la calle, era el portal 68, contiguo a Alcandoria 66. Salimos a la calle y me tendió la mano para darme un sobre.

--Tenga señorita Rosa, dentro del sobre están las llaves de este portal y de la oficina que acabamos de dejar, será su lugar de trabajo, también tiene unas instrucciones y algunos datos de interés y direcciones y teléfonos que les pueden ser útiles. Esta conversación no la hemos tenido "nunca", y si por cualquier circunstancia alguien preguntara por esta situación, lo negaré todo. A partir de ahora está Vd. sola, nada más se

comunicará con la hermandad en casos extremadamente necesario o cuando convoquemos alguna reunión literaria. Entre las llaves también están las del lugar donde guardamos el cuadro y en la carta está escrita la dirección. Copie teléfonos y datos superfluos, memorice cuanto antes direcciones importantes, sobre todo la del cuadro, y destruya la carta cuanto antes.

Bernardo hizo un gesto de despedida con la cabeza y se fue calle arriba sin mirar para atrás. Yo permanecí allí inmóvil durante algunos minutos, intentando asimilar lo sucedido, sin importarme ni darme cuenta que estaba lloviendo y que hacía un frío que se introducía en los huesos.

Ya se había hecho de noche y las tenues luces anaranjadas de las farolas iluminaban la calle dándole un aspecto de tétrica. Estaba sufriendo un brote psicótico, mi mente me daba vueltas y estaba aterrorizada de miedo, miraba hacia ambos lados de la calle para comprobar que no había ningún supuesto agente del gobierno espiándome. En chándal, zapatillas y calada hasta los huesos, llegué corriendo a mi casa, entré en mi habitación y sin cambiarme de ropa ni secarme, me tiré a la cama y lloré desconsoladamente.

Capítulo 2

CAPITULO II

No podía ni imaginar la repercusión en mi vida y en la vida de algunos políticos y personas relevantes de la cultura y el arte iban a tener la aceptación por mi parte de la pertenencia a aquella sociedad, y a la continuación de la misión encomendada a Luis.

Pero no me quedaba más remedio que dedicarme a esa misión. Era imposible echarse atrás, pero también lo era por mi curiosidad, me sentía atraída por esa misión. Tosía un montón cuando me desperté, no me cabía la menor duda de que me había resfriado. El acostarme con la ropa mojada no me ayudó demasiado. Me sentía fatal, tenía frío, la frente me ardía y la garganta me dolía. No era el mejor momento para eso, tenía mucho por hacer y demasiado por analizar. Dios mio si al menos tuviera el apoyo de alguien... Pero no, no podía contar con nadie, con nadie. Era muy fuerte. Me levanté de la cama, me fui a la ducha, me di una caliente y luego, tras secarme, comencé a pensar en que era lo mejor. Y era recuperarme para ponerme en marcha, porque luego, necesitaría de toda mis fuerzas para poder cumplir la misión que me dejó Luis. Me pasé un par de días en cama, levantándome para ir al baño o para tomar algo líquido. Pero no lejos de mi casa, alguien, también estaba algo mareado, y no era por un resfriado, si no por el hecho que yo había comenzado con lo que dejó Luis. Claro que yo, en ese momento, no sabía eso, lo supe tiempo después, cuando me reuní con ese hombre en una comisaría, pero aún no hemos llegado a eso, vamos por partes. Ese hombre padecía porque había acabado con la vida de Luis por error. Se llamaba Ernesto. Era un conserje en el colegio de primaria, y además, el hermano de Bernardo. Ernesto había sido enviado por el gobierno para que colocase pruebas en contra de Luis, pero cuando fue a poner la primera, Luis le descubrió y Ernesto, que no controla su fuerza, le asesinó. Luego fingió que se había suicidado. Para la organización no cabía duda de que Luis fue asesinado, pero yo no sabía eso aún, solo sabía que Ernesto permanecía hasta altas horas de la madrugada despierto con las luces encendidas. Lo que no sabía, era que estudiaba para localizar al resto de los miembros de la organización, creyendo, como le había dicho el gobierno, que era una organización criminal.

Por supuesto Bernardo no sabía que su hermano Hernesto era un agente camuflado de Patrimonio del gobierno. ¿Cómo se lo iba a suponer? ¡Su propio hermano!. Aunque como ya dije antes, que supe que sufría bastante por este hecho. Los servicios de información para la defensa del territorio y del patrimonio , “LA SIDTERPA”, dependientes del Ministerio de Defensa, Interior y Cultura, por supuesto mandaron a su propio forense,

quien certificó que había sido un suicidio ahorcándose hasta la muerte. Pero como ya dije antes, para llegar a esta conclusión, voy a ir paso por paso:

Al segundo día de permanecer recuperándome en mi casa, me levanté dispuesta a pasar un tercer día, pero al ver mi móvil en la mesilla no pude resistirme a la tentación de echarle un vistazo para ver si me habían llamado. 38 llamadas, 60 WhatsApp y todos refiriéndose a la preocupación por mi estado de salud y a mi localización, ya que no había acudido a mi trabajo ni tampoco había respondido a las innumerables llamadas y mensajes enviados por mis compañeros. También habían dejado algún mensaje en el contestador, uno de mi madre preocupándose por mí, o más bien echándome la bronca

- ¿Dónde estás Rosa hija, ya has estado de juerga y has bebido?, llevan tus compañeros de trabajo dos días llamándome para preguntar si te ha pasado algo. Ya me tienes preocupada y me estás asustando, esto no se le hace a una madre, por lo menos llámame y da señal de vida. - Sonó el pitido de fin de mensaje.

Como mi madre ya me conocía y sabía que en otras ocasiones en que había estado de juerga, no había dado señales de vida en varios días, pensaba que en esta ocasión era lo mismo. Así que lo primero que hice fue llamar a mi madre por teléfono. No tenía nada preparado para contarle, pero lo mejor era decirle la verdad, que había estado enferma y que no me había podido mover de la cama, sin más y sin juergas de por medio. Cogí el teléfono y marqué el número, un tono, dos tonos, tres tonos, hasta ocho tonos sin respuesta. Me eché a temblar, me estaba mareando y sentí la necesidad imperiosa de ir al baño a aliviar los retortijones de estómago que estaba sufriendo en ese momento, sólo de pensar que a mi madre le hubiera ocurrido algo. Luego pensé:

-Tranquilízate, toma aire, y analicemos la situación. Puede que esté en el baño y no haya podido coger el teléfono, puede que me haya equivocado de número, puede que haya salido a la compra o a cualquier otro quehacer. -

Mi madre es una persona hogareña, sale poco, tiene poca relación social y la que tiene es muy selecta y en contadas ocasiones. Siempre ha estado al otro lado del teléfono cuando la he llamado, esta es la primera vez que no me contesta a una llamada. Así que volví a marcar el número, esta vez me cercioré de que los números eran los correctos, y de nuevo ocho tonos y ni señal de vida. Ahora sí me debía preocupar de verdad. Llamé al trabajo para decirles lo mismo que tenía pensado decirle a mi madre, pero no se lo tomaron nada bien. Yo soy cajera de la Caja de Ahorros Monte de la Esperanza y llegados a esta situación debían contratar a un sustituto o sustituta, ya que era una entidad financiera pequeña y no podían prescindir del poco personal que disponían. Claro eso les iba a suponer el

desembolso de un dinero extra que no sentaba nada bien a los propietarios de la entidad.

Después de hacer la llamada pertinente, me duché, me pinté, me puse mis pantalones vaqueros y una blusa con flecos por fuera y zapatillas de deporte. Al fin y al cabo, no iba a ir a ninguna fiesta ni ninguna reunión social, ni siquiera iba a salir con mis amigas. Sólo pretendía acercarme a casa de mi madre para interesarme por su paradero, si estaba bien y saber porqué no me había cogido el teléfono. Así que bajé las escaleras y salí a la calle, doblé la esquina y me puse debajo de la marquesina de la parada de autobús. Debía coger el 12 que era el que me dejaba en la calle Concordia, justamente en el N.º 7 que es donde vive mi madre. Llegó al minuto un chaval de unos 22 o 23 años, con los pantalones vaqueros bajados de modo que dejaban ver medio calzoncillo de su trasero, un jersey negro, la mitad de la cara estaba oculta por un gran mechón de pelo y la otra mitad al descubierto. En su mano derecha portaba un móvil última generación del que salían unos auriculares directos a sus oídos, infundiéndole a su cuerpo un movimiento rítmico y mimético hacia atrás y ´hacia adelante. Le miré el suficiente tiempo como para darme cuenta de los rasgos descritos y luego desvié la mirada fingiendo que me daba igual que estuviera allí; pero no paraba de pensar en que, si no se echaba para atrás ese pelo, jamás se le iban a curar los granos de ese lado de la cara, cosa que me causaba risa pues era una verdadera estupidez. Volví a echarle una mirada y me quedé helada, me sostuvo la mirada y sin emitir sonido pude leer en sus labios que me decía: “Implevit”. Me quedé helada y con la boca abierta. Cuando me disponía a pedirle explicaciones, paró una motocicleta a su lado, le invitó a subir y se marcharon a toda velocidad. No me dio tiempo a articular palabra pues todo pasó muy rápido.

Sólo deseaba llegar a casa de mi madre y comprobar que todo estaba bien.

Llegué muy cansada, Estaba muy nerviosa y preocupada al mismo tiempo. Pero cuando pude situarme frente a la puerta, sentí que todo iba a ir bien. Por un momento, pensé que todo era un malentendido. Y así fue. Mi madre entró en ese momento con el carro de la compra.

- ¿Qué haces aquí? -

Me preguntó entre curiosa y enfadada. La miré y, de pronto, sentí unas ganas enormes de contarle todo de principio a fin, aunque sabía que no podía. Estaba tan asustada y tan confusas que no podía disimular mi estado de ánimo ni físico. Entramos en su casa y ella, intuía yo, estaba esperando una buena respuesta, pero yo ya no sabía que decirle, aunque salí de casa sin saberlo. Comencé entonces a darme cuenta de que, quizás, esta era una de esas oportunidades en las que se miente sin ser

pecado. Entonces, decidí que sería en parte mentira, y en parte verdad.

-He estado muy liada con las cosas de la casa, y también he estado enferma. De hecho, aún tengo un fuerte resfriado encima.

-Eso te pasa por salir de noche. Si te quedarás en casa...- Sentenció como tantas veces había sentenciado, con frases de madre. Las frases de las madres eran para todas iguales o demasiado parecidas. Si salías te decían: - ¡No bebas! - o - ¡Cuidado con lo que bebes, a ver si te van a echar alguna pastilla o droga en la bebida! - Si te resfriabas: - ¡Ves, ya te dije que con tan poca ropa te ibas a resfriar! - En fin, que existían una serie de frases que todas las madres adoptaban la obligación de sentenciarle a sus hijas en según qué circunstancias.

- ¿Quieres que te prepare una menta poleo o un café calentito?

Me gritó desde la cocina mientras descargaba y colocaba la compra

-Vale mamá, una menta poleo. ¿Te acuerdas de Luisito? -

Le vociferé desde el salón.

- ¿El de la Sra. Petra, el que estaba por ti? -

Me vociferó a su vez desde la cocina en un tono algo jocoso.

- Sí, pues se ha muerto, mejor dicho, se ha suicidado- le mentí, aunque era la versión oficial- y estuve el Domingo en el velatorio, es por lo que me resfrié, pues me calé hasta los huesos.

Dejó de colocar la compra en la cocina y vino corriendo al salón con cara descompuesta y de circunstancia.

- Pero ¿cómo no me has avisado?, Luisito el de la Sra. Petra, ¿cómo que se ha suicidado? Si tenía la vida resuelta, ¿qué es lo que ha podido pasar por esa cabeza? Tengo que llamar y ver a su familia, no me lo van a perdonar que no haya asistido al funeral. Espero que comprendan que no me he enterado de nada hasta ahora ¿Dónde es la misa de difuntos?

Mamá me bombardeó a preguntas, se respondió a otras que se formulaba a sí misma afirmando categóricamente y dándolas por cierta. Yo por mi parte no quise dar más explicaciones que las que le podían interesar a mi madre y que no revelaran nada de lo realmente acontecido al respecto de la misión que me habían encomendado y a la relación misteriosa de Luis Camanes con todo este asunto. La misa de difuntos se celebraría el próximo domingo, y pensé que a lo mejor acompañaría a mi madre a la celebración de la misa, sería una excusa para ver si me podía enterar de algo o hablar con alguien para sonsacarle algún tipo de

información, la que fuera, daba igual, quizá la tontería más gorda podría darme alguna información importante.

Con todo el ajetreo se me había olvidado el chico que vi en la parada de autobús, y de repente me estaba acordando de lo sucedido. Era realmente extraño, un niñato sin otro oficio que escuchar música por su smartphone estaba revolucionando mis pensamientos, estaba descolocándome totalmente y a la vez me hacía sentir un miedo espantoso por lo que todo ello comportaba.

Por tercera o cuarta vez alguien me hablaba en latín, ¡y eso que era una lengua muerta! ¿Por qué ese niño, y en ese momento? Había algo que se me escapaba de mi entendimiento, algo que se me había pasado por alto, algo que no había comprobado o preguntado. Quizá me estaba avisando de algo o quizá era casualidad. Estaba hecha un lío.

Cuando se hubo enfriado un poco la menta poleo que me había preparado mamá, le di un sorbo largo y casi me atraganto cuando recordé el baúl de casa, había algo más y no me había dado cuenta. Debía ir lo más rápido posible, ya no me fiaba de nada, podían entrar en mi casa para buscar lo que Luis guardaba. Me estaba volviendo paranoica. Debía inventarme una excusa para zafarme de mi madre y salir de su casa lo antes posible. Ella seguía hablándome, pero yo no me estaba enterando de nada pues estaba ensimismada en mis elucubraciones. Para que no diera la sensación de que la ignoraba, me quedaba con la última palabra de cada frase y se la repetía, así quedaba satisfecha y pensaba que estaba poniendo interés en lo que me contaba.

-Bueno mamá que me tengo que ir, he recordado que tengo cita con el médico dentro de diez minutos (le mentí)-

Me levanté del sillón y le di dos besos, uno en cada mejilla, y me dirigí a la puerta de salida.

-Pero hija si no me has dejado terminar de contarte lo de la Julia, ¿No quieres que te acompañe al médico? -

Me dijo mi madre muy contrariada y con un mohín de circunstancia.

- ¡Mamá que ya soy mayorcita! Sé contarle yo solita lo que me pasa al médico. Y lo de la Julia lo dejamos para otro día.

Realmente no sabía qué era lo que me estaba contando ni quien era la Julia, pero me amenazó con contármelo el domingo cuando fuéramos a la misa de funeral de Luis.

Por fin cerré la puerta tras de mí, de la casa de mi madre y me dispuse a ir a mi casa lo antes posible, para inspeccionar de nuevo el baúl. Algo se

me había pasado por alto y estaba casi convencida de que se encontraba en el baúl.

Otra vez a coger el autobús que me dejara cerca de la puerta de mi casa. Por suerte llegué pronto, azarosa y cansada, y de nuevo subí al doblado a inspeccionar el baúl. Empecé a revolver sin saber qué debía buscar y con relación a qué. Tenía una mezcla de emoción y tristeza, de ansiedad y curiosidad al mismo tiempo. Mis manos revolvían el interior como si fueran dos remos a contracorriente. Pude encontrar una libreta azul donde me escribía a mano algunos poemas, la abrí emocionada y embargada por el recuerdo de los años de nuestra aventura para descubrir el mundo, para zamparnos el mundo sin respirar y de un bocado, sin saber que el mundo se nos podía atragantar, nos daba igual. Leí con lágrimas en los ojos uno de los poemas:

AMOR SINCERO

No soy sincero

si algún día te oculto,

cobarde de mí en la hora

en que el amor me embarga,

si no te digo: ¡te quiero!

No me escondo en el tumulto

de una multitud que llora,

a la hora en que se larga

por no tener dinero.

Y no me importa ser inculto

si por culto se llora,

pues a veces saber amarga.

No soy sincero

si algún día te oculto

que por ti mi alma llora

y sin ti la hora se alarga,

si no te digo que te quiero.

Seguí leyendo algún que otro poema y recordando momentos pasados, unas veces con una sonrisa en los labios, otras con lágrimas en los ojos y otras con mucha melancolía.

A parte de la menta poleo que me había preparado mi madre, no había tomado ningún otro alimento desde hacía ya unas cuantas horas, por lo que mi estómago rugía como un león enjaulado y necesitaba reponer fuerzas; pero de ningún modo estaba dispuesta a perderlas cocinando, así que decidí encargar una pizza a Telepizza mientras ordenaba un poco aquellos recuerdos que navegaban entre mis manazas. Seguía sin poder lograr relacionar los objetos del baúl con lo que se me podría haber pasado por alto de todo este asunto, sólo contaba con el sobre con la llave de la consigna y poco más. Hasta que, de pronto, recordé la grabadora. ¿Cómo se me había podido olvidar?, intuí que en la grabación podría haber alguna pista de lo que se me podía haber pasado por alto. Recordé que la tenía en el bolsillo del pantalón de chándal que me había quitado y echado al pongo todo del cuarto de baño, donde almaceno la ropa sucia hasta que tengo la suficiente cantidad como para poner una lavadora. Bajé rápidamente las escaleras del desván y corrí hasta el final del pasillo, donde estaba el cuarto de baño, abrí la puerta y empecé a vaciar el pongo todo que estaba detrás. La ropa estaba esparcida por el suelo del cuarto de baño y oí un golpe sordo al caer el pantalón de chándal al suelo, sin duda era la grabadora. Estaba decidida a volver al desván y oír la cinta mientras observaba los objetos del baúl. Pero antes llamé a Telepizza, la voz de una jovencita sonó al otro lado del teléfono:

- Telepizza dígame-, me quedé unos instantes en silencio, pensando si la grabadora dispondría aún de pilas cuando se oyó por segunda vez:

-Telepizza dígame-

- ¡Ah, si!, perdone la tardanza, por favor ¿me podría mandar una ibérica a la calle Amistad N.º 12?, es una casa baja.

-Si por supuesto, déjeme un número de teléfono y a nombre de quien.

Le di los datos que me solicitaba y colgué el teléfono para dirigirme inmediatamente al desván junto al baúl. A mitad de camino me paré en seco, tenía que comprobar, antes de subir, si la grabadora aún tenía pilas. Apreté el botón de “play” y, menos mal, había suerte, todavía quedaban pilas cargadas en la grabadora. Subí rápidamente las escaleras del desván y me acerqué al baúl abierto, no perdí el tiempo y me dispuse a escuchar

la grabación que hice en el despacho de Alcandoria 66.

Llevaba ya un buen rato escuchando la grabación y mirando dentro del baúl, creo que la escuché cuatro veces, cuando ante mis ojos apareció un plano de Florencia. No sé por qué, debió ser una corazonada o algo similar, pero pensé que podía tener relación, mejor dicho, sabía que podía tener relación. Me disponía a revisar el plano más detenidamente cuando sonó el timbre de casa. - Debe ser de Telepizza, pero ¿que pronto han llegado? - pensé. Bajé las escaleras del desván y me dirigí a la puerta de entrada para abrir, no sin antes echar un vistazo por la mirilla, nunca se sabe quién puede llamar a tu casa. No vi a nadie, y no porque no lo hubiera.

- ¿Quién es? - pregunté en voz alta detrás de la puerta cerrada. Una voz de niño me contestó

-Señorita Rosa.

Enseguida reconocí la voz, era la del niño de la ventana y enseguida me embargó una sensación de miedo y curiosidad al mismo tiempo. ¿Cómo sabía dónde vivo? Y, ¿Que hace aquí y que quiere?

-Señorita Rosa, ábrame, deprisa, por favor.

Accedí a su petición y abrí la puerta, ante mí apareció aquel niño con claros síntomas de estrés, mirando hacia derecha e izquierda, como queriéndose asegurar de que nadie le miraba, que nadie le seguía. Me empujó y entramos los dos en casa, cerrando la puerta tras de sí.

Señorita Rosa, me manda el Sr Bernardo, ¿ha hecho Vd. un pedido a Telepizza?, me sorprendió que supiera esa circunstancia.
- Sí ¿Por qué?, ¿cómo lo sabes? - Pregunté curiosa.

-Tenemos que salir de aquí de inmediato. Coja lo que necesite o lo que estén buscando y salgamos o la matarán con tal de conseguir lo que quieren.

Me gritó nervioso y reclamándome prontitud, sus brazos gesticulaban y señalaba hacia arriba, como si fuera un ente superior quien fuera a hacerme todo eso. Me fijé mejor en sus rasgos, al fin y al cabo, lo tenía delante de mí implorándome que saliera de mi casa con él, era un niño de unos diez años, delgado cara alargada y pelo negro azabache, muy guapo, sus ojos color miel claros, nariz chata y boca pequeña, sus orejas parecían más grandes de lo que eran. por el corte de pelo que llevaba, al cazo como antes. Vestía ropa sport de marca, por lo que deduje que sus padres eran gente pudiente, pero no me cuadraba que anduviera sólo en el velatorio y ahora avisándome de un peligro, menos me cuadraba que lo hubiera mandado a avisarme Bernardo, lo cual no dejaba dudas sobre la

credibilidad de su aviso. Y lo de la traducción del latín, o quizás no lo hubiera traducido él, sino que se lo habían dicho traducido para que me lo transmitiera. De nuevo las dudas me asaltaban, ya no solo estaba echa un lío, si no que estaba cabreada con todo aquello. Ahora resultaba que un niño de diez años me estaba diciendo que mi vida corría peligro si permanecía en mi propia casa. Era surrealista e increpé al niño:

-Pero ¿tú conoces al Sr. Bernardo?, no sé que relación puedas tener con él, pero ¿por qué me tengo que creer lo que un mocoso me está diciendo, sin conocerlo de nada? Dime ¿Cómo te lla...?

Me interrumpió sin ni tan siquiera haberme escuchado nada.

-De prisa Srta. Rosa, ya vienen, le tienen pinchado el teléfono los de la SIDTERPA, me ha dicho el Sr. Bernardo que se lo diga y vienen a por Vd., vamos se de un sitio donde nos podemos esconder.

Me cogió de la mano y tiró de mí, pero no pudo moverme pues permanecí allí como si fuera una estatua. Tenía que recoger la grabadora, el cuaderno azul, el sobre con las llaves de la consigna y el plano de Florencia. No sé por qué, pero intuí que podría ser lo que estaban buscando.

-Espera aquí chico.

Le dije mientras corrí al desván para coger todos los artículos, cuando también me acordé del sobre que me dio Bernardo cuando salimos de la oficina de Alcandoria 68. El sobre estaba en una estantería del mueble del salón, subí primero al desván, recogí el plano, el cuaderno, las llaves de la consigna, la grabadora y los metí en mi bolso; bajé al salón cuando oí un portazo y la voz del niño:

-Ya están aquí, ¿Qué hacemos?

Alargué la mano y cogí el sobre de la estantería del salón y fui al encuentro del muchacho. Me lo encontré corriendo hacia mí a mitad del pasillo. Le tendí la mano para agarrar la suya y tiré de él en dirección contraria. Al final del pasillo a la derecha estaba la cocina y al fondo de la cocina la puerta del patio. Oí como aporreaban la puerta fuertemente al tiempo que gritaban:

-Abra la puerta, Rosa, somos de la policía.

- ¡Y un cuerno! - grité muerta de miedo. Miré al niño y le dije:

- Vamos hay una salida trasera por el patio de la cocina.

Atravesamos el patio y abrí la puerta que daba a la calle, se abría por dentro con una manilla, pero por el exterior necesitaba una llave para abrir. Al mismo tiempo oí un estruendo, habían derribado la puerta de mi casa.

Salí a la calle Sevilla, con el pensamiento que ya no podría volver más a mi casa y con un mocoso agarrado a mi mano derecha, asustado y llorando de miedo. Nos perdimos por una de las calles transversales y cuando ya creíamos que estábamos a salvo de aquellos salvajes, el niño paró en seco y con voz ansiosa me dijo:

-Srta. Rosa, tengo que llevarla a un escondite donde le espera el Sr. Bernardo.

Me encogí de hombros y asentí, dejándome llevar por el crío.

Después de callejear durante tres cuartos de hora, llegamos a una calle donde al lado de uno de los portales había una escalera que estaban por debajo de la acera, me recordaba al bar de la serie Cheers. Guiada por el niño bajamos las escaleras y sacó una llave del bolsillo del pantalón, la introdujo en la cerradura y, con dos vueltas a la izquierda, abrió la puerta. Un hedor a polvo y a amoniaco invadió mis fosas nasales en el preciso momento en que se abrió la puerta.

- Hace mucho tiempo que nadie abre esta puerta Srta. Rosa, ni tampoco ha venido nadie a limpiar. - se excusó el niño.

El sitio estaba oscuro, aunque pude divisar, gracias a la poca luz que dejaba pasar la puerta entreabierta, que era un local vano, con las columnas de los pilares del edificio al descubierto, una nube de polvo se intuía a través de un pequeño rayo de luz que penetraba en la estancia, a través de un agujero de la pared más alejada a la puerta. La puerta se cerró tras nosotros y nos quedamos totalmente a oscuras, a excepción del pequeño rayo de luz del agujero de la pared. Dimos tres o cuatro pasos cuando el crepitar de las patas de una silla arrastrándose por el suelo, rompió el silencio rebotando el sonido contra las paredes de aquel antro.

-Bienvenida de nuevo Srta. Rosa. - Reconocí la voz de Bernardo, que esta vez sonaba pausada y con sorna.

A estas alturas mis ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra de aquel antro. Pude ver como atravesaban delante de mí cuatro ratas, tranquilamente y sin asustarse. Bernardo estaba sentado a caballo en una silla, con el respaldo delante y apoyando la barbilla encima. También miró y siguió con la mirada a las ratas.

-No se asuste, ya se acostumbrará a ellas, como ellas ya están

acostumbradas a nosotros. - Me informó Bernardo.

La verdad es que no estaba asustada, si no que me producían repugnancia. Guardé silencio ante las palabras de Bernardo, esperando una explicación. Miré a mi alrededor y en una esquina vi un objeto del tamaño de una cama recostado sobre la pared y tapado con unas sábanas. Bernardo me mantuvo la mirada, escrutándome e intentando averiguar mis pensamientos mientras se pensaba lo siguiente que me iba a decir. Se levantó bruscamente de la silla y dio media vuelta para dirigirse al objeto que estaba apoyado sobre la pared en aquella esquina...

-Rosa- hizo una pausa y yo permanecí en silencio mientras me acercaba poco a poco hacia él.

- Vd. misma podría haber abierto la puerta con su llave de haberlo querido- me increpó.

- De haberlo sabido- le corregí.

- Lo sabía, sólo tenía que haber leído la carta que le entregué con las llaves. Por cierto ¿ya la ha destruido? - no me dejó contestar- Pues debería haberlo hecho como le dije, si los de la SIDTERPA la hubieran encontrado, habría puesto la misión en serio peligro, y no sólo la misión si no su vida y la de gente que no conoce todavía, pero que está relacionada con Vd. y la misión. Esto que está apoyado en la pared es el cuadro que vio en Alcandoria 66 y este lugar es donde lo escondemos. Es aquí donde debe venir a estudiar el cuadro para averiguar lo que Luis había descubierto. No ha empezado todavía la misión, ni siquiera ha pensado sobre cómo empezar.

- ¿Cómo puede decir semejante desfachatez? - le interrumpí con ira y con gran enfado. - ¿A caso a todo lo que me ha pasado no le da importancia?, me han seguido, me habeis mandado con vuestros estúpidos mensajitos en latín de un lado para otro, me habeis amenazado, me habeis metido en un asunto que no tiene ni pies ni cabeza, han derribado la puerta de mi casa y a saber que han hecho dentro, han querido matarme y ahora no puedo volver a casa. ¿Y dice que ni siquiera he empezado? - Me sentía enojada, con lágrimas en los ojos y, sobre todo, con unas ganas tremendas de pegarle un puñetazo en la cara y saltarle todos los dientes, por muy Bernardo que fuera y por muy poeta literato que fuese.

- Conténgase Rosa, hay un niño delante. Por cierto, se llama Lorenzo y por lo poco que se de lo que averiguó Luis, deberías indagar en su pasado. Venga conmigo a solas un momento. Espérate ahí Lorenzo. - Me asió del brazo y me llevó a un lado más oscuro de aquel antro

asegurándose que desde allí no nos iba a oír Lorenzo.

-Es huérfano de padre y madre, murieron en un accidente de tráfico, creemos que no fue fortuito si no que la SIDTERPA está implicada, desde entonces vive conmigo, extraoficialmente porque "Protección de Menores" lo busca pensado que ha huido tras la muerte de sus padres, a los que conocí a través de mi hermano Ernesto, que es conserje del colegio donde iba Lorenzo. Evidentemente ahora ya no va a ese colegio y mi hermano no sabe nada, mejor evitar que lo sepa demasiada gente y menos mi hermano pues enseguida le interrogarían los de la SIDTERPA y lo descubrirían, mi hermano un pobre conserje. Luis descubrió algo relacionado con él y con el cuadro y la SIDTERPA, no sabemos cómo, se enteró de que Luis había hecho el hallazgo. Desde entonces Luis me dijo que lo seguían y que creía que su vida corría peligro, yo no lo tomé muy en cuenta y le quité hierro al asunto, pero, aquella mañana, Luis apareció ahorcado. El resto ya lo conoce- Me informó Bernardo susurrándome al oído, mientras vigilaba que Lorenzo no se acercara demasiado para no oír lo que me decía.

Yo enmudecí durante unos instantes, intentando asimilar la información que me acababa de facilitar Bernardo. Ya se me habían pasado las ganas de partirle la cara y le observaba con la mirada clavada en sus ojos, haciéndole saber que comprendía la situación y el secretismo conferido, dada las circunstancias que se trataba de un menor y que Luis había sido asesinado. ¿Qué sería lo que Luis había descubierto? De repente me entraron unas ganas enormes de averiguar qué había visto Luis en el cuadro que tuviera relación con Lorenzo, teniendo en cuenta que la imagen era del siglo XV en pleno renacimiento. Era absurdo. Se despertó en mí una curiosidad enorme y sentí la necesidad imperiosa de llegar al fondo de todo este asunto. Estaba en estos pensamientos cuando Bernardo levantó la mano y apuntó con el dedo hacia arriba, como queriendo decir: ¡un momento! Empezó a andar a paso ligero hacia un lateral de la estancia donde había una puerta, la abrió y entró. No sabía si seguirle o esperarle y, justo en el momento en que iba a salir en su busca, apareció de nuevo por la puerta por la que había entrado, con una bandeja con comida en una mano y una mesita pequeña de 40X50X50 en la otra, dirigiéndose hacia mí.

- Sé que no has comido nada desde... bueno no sé exactamente desde cuándo, pero debes tener mucha hambre. - Me gritó mientras se acercaba, con la intención de marcarse un tanto a su favor. Y lo había logrado, se marcó un tanto a su favor, porque me hubiera comido un elefante si me lo hubiera servido en bandeja.

-Tres días- le repliqué.

Me colocó la mesa delante de mí, puso la bandeja encima y me trajo la silla donde estuvo sentado hacía un rato, indicándome con ademán cortés

que me sentara y que degustara la comida que me había traído. Macarrones con tomate y atún, una cuña de queso, una naranja y un vaso de refresco de naranja. Aquello me parecía un verdadero manjar, teniendo en cuenta el hambre que tenía, y me dispuse a devorarlo todo.

Bernardo se retiró a un lateral de la nave con Lorenzo, pude ver como hablaban entre ellos, pero no pude oír nada de lo que estaban diciendo. Le agarró de la mano y le acompañó hacia la puerta, supongo que le despidió pues le abrió la puerta y le dejó marchar. Cerró la puerta y se quedó de pie delante de ella observándola, pensativo, pero lo que creo que realmente estaba haciendo era tiempo, tiempo para que terminara de comer.

Yo no dije nada mientras engullía la comida que me había dispuesto, apenas alcé la cabeza para ver la situación de Bernardo, quizá porque estaba aterrada, quizá porque estaba avergonzada o quizá porque no quería desperdiciar nada de lo que estaba comiendo. Terminé con el último gajo de la naranja y levanté la cabeza, Bernardo se adelantó tres o cuatro pasos, me miró fijamente y en tono un poco enfadado y un poco condescendiente empezó a relatarme:

-Rosa, Rosa, Rosa. - hizo una pausa para pensar cómo iba a encauzar lo que tenía que decirme.

-"condita, tutus et implevit". ¿Crees realmente que esa frase te ha llevado a Alcandoria 66 o te ha traído aquí? No has comprendido nada. “Guardad, proteged y cumplid”, ¿Que hay que guardar, proteger y cumplir, Srta. Rosa? No lo sabes ¿Verdad? Pues nosotros tampoco, no te sorprendas, te pusimos la frase para ver si nos dabas alguna pista. A Luis lo mataron los de la SIDTERPA, yo creo que mi hermano sabe algo, por lo que temo que le interroguen, por eso él no sabe lo de Lorenzo. Es la frase que me dejó Luis escrita en una servilleta de papel antes de salir de la cafetería, donde me confesó que pensaba que le seguían, me dijo que me pusiera en contacto contigo y que investigaras esa frase y el cuadro, que ya lo entenderías y que cuidaras de Lorenzo. Yo no sé si es buena idea lo de Lorenzo, pero seguro que algo tiene que ver con todo esto. El descubrir esta trama y la relación que tiene todo esto con ese niño, la SIDTERPA y el cuadro, supera en mucho la capacidad de comprensión de cualquiera que lo intente. Estás a partir de ahora en busca por el gobierno, sólo nos tienes a nosotros y a la verdad. Si descubres la verdad, no te la calle pues el decirla te salvará la vida. A partir de ahora dormirás en un cuarto contiguo a esta estancia, tienes comida, cocina, cama, televisión y un ordenador con internet. Te proporcionaremos todo aquel material que creas necesario para examinar el cuadro. No saldrás de aquí sin antes ponerte en contacto conmigo con este teléfono móvil, con un número nuevo a nombre de un compañero del club de poesía, para que no puedan rastrearte con tu terminal. Y, por último, cuando salgas, deberás cerciorarte de que no te siguen. Te hemos proporcionado ropa de hombre

para que te puedas camuflar, las salidas siempre las harás de noche, ¡ah! lo de la oficina de Alcandoria 68 olvídate es demasiado peligroso, seguro que la están vigilando. ¿Tienes alguna pregunta?

Me tendió la mano para depositar en mi mano una tarjeta con su número de teléfono, me proporcionó un terminal de teléfono móvil que sacó del bolsillo y un cargador de móvil. Por supuesto el número de teléfono móvil que me proporcionó para que le llamara, no constaba a su nombre en previsión de que lo tuvieran pinchado.

Mientras yo palidecía intentando asimilar toda la información que me había dado Bernardo, él me miraba fijamente a la espera de cualquier pregunta que le pudiera hacer. Noté que había pasado de tratarme de Vd. a tutearme, de modo que le dio a la conversación un tono más cercano y paternal, al mismo tiempo que me dotó de mayor confianza, aunque atisbaba un tono más inquisitorial. Nunca me había sentido tan inferior, tan apabullada y tan tonta. Y pensar que, a pesar de todo lo sucedido, aquella misión me había parecido emocionante, con su frase en latín de la que creí haber resuelto su enigma, pensando que me había llevado a Alcandoria 66 y hasta aquí. Ahora ya no me parecía tan emocionante, ahora ya estaba jugando con mis sentimientos, mi integridad moral y física, con mi vida y podría ser con la de un niño.

Sí, si tenía muchas preguntas en la cabeza para formulárselas a Bernardo, pero no era capaz de articular palabra. Sobre todo, quería saber ¿por qué? Ya no estaba atraída por el cuadro, ya sólo quería volver a mi vida anterior; pero algo me decía que debía seguir, pues mi vida a partir de aquí había cambiado. Era necesario seguir pues creo que de ello dependía mi vida, me había metido de lleno en algo que me superaba y que debía solucionar. Ya no había marcha atrás, por lo que decidí no formular ninguna pregunta a Bernardo, agachar la cabeza en señal de asentimiento y obedecer en todo lo que se me mandaba.

Estaba muy cansada, eran demasiadas cosas, demasiadas preguntas, mi trabajo, mi casa, mis amigos, todo lo que hasta ahora tenía quizá lo había perdido ya. No podía pensar claramente y, aunque era extraño, estaba tan apabullada que no estaba teniendo ningún ataque de ansiedad, como hubiera ocurrido en otras circunstancias con la mitad de problemas imprevistos de los que ahora estaba teniendo.

Por otro lado, estaba mi trabajo, no podía ponerme en contacto con mi jefe o con mis compañeros. En estas circunstancias iba a perder mi trabajo por lo que me surgieron una duda primordial: ¿de qué iba a vivir?, del aire seguro que no. Tenía que aclarar esta tesitura con Bernardo, aunque intuía que este no era el momento, ya habría tiempo más adelante. Además, seguro que esta situación ya la habría previsto y ya que iba a trabajar para ellos, seguro que tenían prevista mi remuneración. A lo que me llevó a la siguiente duda, está más aterradora, ¿qué pasaría

con mi madre?, ¿qué le contarían? En fin, tiempo seguro que habría para aclarar todas estas cuestiones, ahora lo que más me preocupaba era descansar, no pensar en nada por unas horas y no sabía qué tenía Bernardo previsto al respecto.

Bernardo se debió percatar de todo esto y me asió por el brazo para dirigirnos hacia la puerta por donde salió con mi comida. Los pasos sonaban huecos y rebotaban en las paredes de aquella nave, rodeando sus columnas para volver a nuestros oídos. Guardábamos un silencio sepulcral mientras nos dirigíamos a la puerta, ya estaba todo dicho por ahora. Me dejé llevar. Cuando estábamos a la altura de la puerta, Bernardo la abrió, una cortina de luz inundó la nave de modo que incluso hacía daño a la vista. El haz de luz dejaba ver un halo de polvo del mismo tamaño que la distancia que recorría la luminiscencia. No tenía ni ganas ni fuerzas para fijarme en los detalles que se vislumbraban con la entrada de luz en aquella nave. Bernardo se apartó hacia un lado de la puerta e hizo ademán cortés para que yo pasara primero. No pensaba llevarle la contraria, ni tenía ganas, así que cumplí su deseo y entré yo primero. Me quedé anonadada, tras esa nave que guardaba tanto polvo y suciedad, sólo había que atravesar una puerta y un paraíso se escondía detrás de ella. A estas alturas cualquier apartamentucho me parecía un paraíso. Un pasillo central iba de un extremo a otro, culminado por sendas puertas una por donde yo había entrado y otra de salida al exterior, supongo. A cada lado del pasillo se distribuían tres puertas, las de la derecha no distaban de una a otra la misma distancia que las de la izquierda. A la derecha la primera puerta era de un cuarto de baño espacioso, de 4 metros de largo por tres de ancho, con bañera, lavabo, bidel y taza de wáter. La siguiente puerta de la derecha pertenecía al dormitorio, de unos 16 metros cuadrados, con una ventana al fondo y al lado distal de la cama cuyo cabecero estaba pegado a la pared de la izquierda en el sentido de mi marcha, empezando por la puerta por donde había entrado, dos mesitas, una a cada lado del cabecero de la cama y un armario en la pared de enfrente, a la derecha del armario una puerta que daba al cuarto de baño y de la que no me había percatado en mi primera inspección del W.C. Una mesa de escritorio y una silla completaban el mobiliario del dormitorio, cuya pared estaba pintada de color pastel. No pude continuar con la inspección del apartamento por el momento, pues estaba tan agotada que decidí posponerla para cuando hubiera descansado. Bernardo, que se había percatado de mi lamentable estado y de la necesidad de descanso que mi cuerpo requería, se despidió de mí con un tono que insinuaba lástima:

-Bueno Rosa, descansa y repón fuerzas, yo me marcho y no sé aun cuando volveremos a vernos, aunque estoy seguro de que lo haremos. En el cajón de la mesita de la derecha de la cama te he dejado un sobre con unas instrucciones, leelas cuando te levantes y estés mejor. Ahora toma una ducha y acuéstate, se te ve muy cansada. No intentes ponerte en contacto con tus compañeros de trabajo o con tu madre, tendrán los

teléfonos intervenidos, ya nos encargaremos nosotros de todo eso. A tu madre le diremos que te hemos ofrecido un trabajo en Italia y que te has tenido que marchar a toda prisa, sin poder avisar a nadie y que ya la llamarás cuando puedas, en fin, la intentaremos tranquilizar para que no se preocupe al menos durante algún tiempo.

Cerró la puerta tras de sí y quedé sola en la habitación. Oí cómo cerraba la puerta del final del pasillo y echaba la llave. Le hice caso, tomé una ducha y me tumbé en la cama. Las sábanas eran de seda, del mismo color que la pared de la habitación, por lo que deduje que tras la decoración estaba una mujer, aunque no era el momento de hacer ese tipo de averiguaciones. Como manta y colcha tenía un nórdico enfundado, de color blanco con trazos cortos de rayas negras. Me habían dejado un pijama de color blanco y amarillo debajo de la almohada, de mi talla, lo cual me sorprendió. Estaba todo muy bien pensado.

Me puse el pijama, me tumbé en la cama y me arropé hasta por debajo de la barbilla y caí profundamente dormida.